

El comenzar una intervención de este tipo pidiendo excusas se ha convertido en un clásico. Excusas que casi siempre enmascaran una suerte de falsa modestia. No es mi caso: admito sin rubor que el Señor no ha tenido a bien concederme el don de la elocuencia, de hecho, el que yo esté hoy aquí sentado no deja de ser un terrible accidente, accidente que se ha producido por la capacidad de persuasión del amigo Daniel Rodríguez Moya. Él es el único culpable.

Uno, que viene de otra esfera creativa, por decirlo de forma metafórica, como requiere la ocasión, se siente como un intruso en un acto de estas características. Lo diré de una manera menos poética: no sé bien qué decir ni cómo expresar lo que he sentido al leer en primicia el libro que hoy se presenta. En cualquier caso aquí estoy, con la pesadumbre propia de alguien a quien que hablar en voz alta de “las cosas que se dicen en voz baja” se le antoja una tarea harto difícil.

Porque venir a reflexionar sobre el hecho poético, sabiendo que el mismísimo Platón ya reflexionó hace miles de años sobre lo mismo, es todo un atrevimiento, y más sabiendo, como sabemos todos, que Platón llegó a una conclusión poco esperanzadora para los del gremio: expulsó a los poetas de su república ideal. Para consuelo de los poetas habrá que recordar que el venerable filósofo también dejó fuera de su república a los pintores y a los escultores. Mal de muchos, consuelo de ilusos.

En fin... yo creo que la poesía es la llave herrumbrosa que abre las puertas secretas de nuestro propio yo. La poesía es esa tenue luz que ilumina las estancias oscuras en las que habitamos. Es esa mano anónima que coloca interrogantes encima de nuestras cabezas, como las pequeñas lenguas de fuego de Pentecostés. Es el eco lejano de recuerdos antiguos, de vivencias imaginarias y de amores y desamores soñados. La poesía, en definitiva, es el bálsamo que nos alivia el dolor del alma. Todo eso, y más, he creído ver en los poemas que se incluyen en el libro que se presenta hoy.

En estos versos he sentido una cercanía anímica con un autor que parte de lo cotidiano para adentrarse, y a nosotros con él, en los laberintos de la duda existencial. Con estos versos he sentido una afinidad intelectual con un escritor que tiene la capacidad de guiarnos desde lo más cercano hasta las inmediaciones de lo inmaterial.

La poesía de Daniel, como no podía ser de otra forma, se vale de los artificios del lenguaje, porque no hay nada más artificial que el lenguaje, pero hay que tener oficio y talento para que esas bellas mentiras que son propias de cualquier obra de arte, se transformen en verdades. En ese sentido, los poemas de “Cosas que se dicen en voz baja” nos sitúan ante un espejo que nos devuelve la imagen de nuestras propias incertidumbres, acaso un poco más diáfanos después de su lectura.

Consciente de que la brevedad es el mejor antídoto contra el aburrimiento, no voy a extenderme más. Solamente quisiera transmitir parte del sereno entusiasmo que han suscitado en mí las palabras y los pensamientos que Daniel nos ha regalado con este libro.

José Ignacio Lapidó

4 de abril de 2013

